

María Elvira Roca Barea

6 RELATOS EJEMPLARES 6

Siruela

Libros del Tiempo

Índice

<i>A modo de prólogo</i>	9
Ana de Sajonia	13
Doce apóstoles	43
<i>Non angli, sed angeli</i>	79
El sembrador de peste	107
Campanas de Breda	133
La última reina	153

A modo de prólogo

«Torear es tener un misterio que contar, y contarlo».

RAFAEL EL GALLO

Las historias en torno a las que se han tejido estos *6 relatos ejemplares* 6, sufrido lector, fueron creciendo, con otras que algún día quizá también se escriban, al hilo de una investigación histórica que no podía albergarlas.

El primer relato tiene como protagonista a Ana de Sajonia, la segunda esposa de Guillermo de Orange. En cualquier texto aparece calificada como adúltera y loca. Hay que bucear mucho en las fuentes para darse cuenta de que no hay pruebas que demuestren la verdad de estas acusaciones más allá de las producidas por el taller propagandista de Orange. De hecho, muchos contemporáneos pusieron en duda aquellas historias con las que se justificó el robo de una de las mayores dotes de la Europa del siglo XVI. La carta de Teodoro de Beza es la demostración de que Orange engañó a muchos, pero no a todos. No es extraño que quien consiguió que media Europa pensara que Felipe II había matado a su propio hijo, hiciera creer también que se

había visto obligado a repudiar a su esposa porque era infiel (primer objetivo: librarse de ella para casarse con una mujer mucho más joven) pero que no podía devolver la dote porque estaba loca y se lo gastaba todo (segundo objetivo: quedarse con las inmensas riquezas del duque Enrique, fruto de las confiscaciones de bienes católicos en Sajonia). La locura, entonces como ahora, justificaba la tutela legal y el encierro.

La batalla de Frankenhausen es el escenario del segundo relato. Fue seguramente la más sangrienta de la guerra de los Campesinos alemanes, el conflicto social de mayor importancia que ha habido en Europa hasta la Revolución francesa. Gran parte del campesinado alemán vive en régimen de servidumbre todavía en el siglo XVI. Son siervos de la gleba en una Alemania que está muy lejos aún de haber salido del feudalismo. Expresando el asunto en términos modernos, podríamos decir que la predicación antisistema de Lutero y otros clérigos hizo estallar un problema social que venía cociéndose desde hacía tiempo. Pero naturalmente el discurso luterano estaba construido solo para atacar la Iglesia de Roma porque su objetivo era provocar un conflicto al emperador Carlos V. Por eso gozó del favor de los príncipes de Sajonia y de otros. Sin embargo, fue difícil para los oprimidos distinguir entre todos los que a fin de cuentas representaban el poder establecido (el papa, el emperador y los propios príncipes), de manera que, por un efecto bumerán, la rebelión terminó volviéndose contra los señores territoriales. Algunos clérigos se unieron a la causa campesina y murieron por docenas en aquella guerra crudelísima. Lutero naturalmente sobrevivió y prosperó, porque se puso del lado de los príncipes y alentó sin misericordia la violencia salvaje con que fueron perseguidos los desgraciados que osaron cuestionar los privilegios sacrosantos de la oligarquía alemana, que en definitiva era lo mismo que había hecho Carlos V.

Es vergonzoso que el Vaticano haya emitido en 2017 sellos con la imagen de un individuo de la catadura moral de Martín Lutero (intolerante, racista, antisemita, apologeta de la violencia, defensor del sometimiento de los más pobres a los señores germánicos...) y que el papa de Roma haya colgado un retrato suyo en el mismo lugar. Deberían los católicos —no me incluyo— reflexionar sobre qué principios morales están en la obligación de exigir a la jerarquía de su Iglesia. Si quieren sobrevivir como algo más que una reliquia del pasado, esta demanda debería ir más allá de ponerse siempre de perfil, predicando paz y amor —¿quién no los quiere?!—, y de apuntarse a todas las conmemoraciones habidas y por haber para salir en la foto.

Bajo el inmisericorde sol del Mediterráneo sucede el imaginario día que Shakespeare pasó en Verona en «*Non angli, sed angeli*». Viene esto a propósito de la condición de criptocatólico del inmortal dramaturgo inglés, de la que se habla ya abiertamente desde hace más de una década tras siglos de ocultación.

En la Ginebra de Calvino vivió, y suponemos que murió, el protagonista intencionadamente sin nombre del cuarto relato. Como otros muchos miles de europeos, ardió en la hoguera acusado de brujería, el socorrido pretexto con que se justificaron feroces persecuciones religiosas no solo en los territorios calvinistas sino en todo el mundo protestante. Algún día se estudiarán mejor las persecuciones de brujas y brujos en la Europa Occidental durante los siglos XVI y XVII.

El príncipe Felipe Guillermo de Orange-Nassau es el eje central de «Campanas de Breda». El hijo primogénito de Guillermo de Orange se crió y vivió en España hasta 1596, año en que marchó a los Países Bajos a reclamar su herencia, duramente disputada por sus medio hermanos con el apoyo del padre. Bajo el amparo de Felipe II, el príncipe Felipe Guillermo aplicó en los territorios de su gobierno

una política de auténtica tolerancia religiosa, en el sentido moderno del término. Los católicos podían ser católicos, y los calvinistas, calvinistas (o luteranos o menonitas o lo que quisieran), pero nadie podía obligar a otro a cambiar de religión, y todos debían respetar las propiedades del prójimo. Fue un intento inútil de Felipe II de demostrar que la religión no tenía por qué ser un problema si se respetaba la ley y no era tomada como excusa para promover conflictos y confiscaciones de bienes.

El sexto y último relato nos lleva a la Inglaterra del siglo XVI desde el siglo XX. El idealizado periodo Tudor, mil veces recontado y maquillado, fue en realidad un reinado del terror. Es asombroso ver cómo la mitificación de esta etapa ha ido *in crescendo* a lo largo de los siglos hasta convertirse en el periodo más relatado y filmado de la historia inglesa. En las purgas estalinistas que mataron a Tomás Moro y obligaron a Shakespeare a vivir en la clandestinidad durante largos periodos de su vida murieron muchas otras personas.

Hay cientos de historias como estas que los españoles deberíamos conocer; es más, que deberían formar parte del bagaje cultural de los pueblos del sur de Europa, que han terminado por asumir como propio un relato de sí mismos que fue escrito por quienes combatieron contra ellos y finalmente los derrotaron, convenciénolos de que su mundo y su cultura eran moralmente inferiores. Quizá algún día podamos, entre todos los que no formamos parte del orbe cultural materialista e hipócrita del protestantismo, devolverle a Europa un poco del brillo y la belleza que una vez tuvo.

MARÍA ELVIRA ROCA BAREA

Ana de Sajonia

Para Ignacio Gómez de Liaño

*Illius tamen conjugii, nulla praeunte adversus adulteram
cognitione, rationem probare non possum,
nisi fortassis patruī consensus intervenit, qui suae familiae
existimatione sic melius consuli posse crediderit.*

Carta de Teodoro de Beza a Rodolfo Galtero
Ginebra, 21 de octubre de 1575¹

¹ «Sin embargo, no puedo decir que esté probada la causa contra la esposa, no habiendo prueba anterior contra la adúltera, excepto que quizás haya intervenido el consentimiento de su tío paterno que habrá creído que tomar esta decisión era lo mejor para el buen nombre de la familia»: Théodore de Bèze, *Correspondance*. Tome XVI, 1575, Ginebra, Droz, 1993, pág. 225.

Dresde, 12 de mayo de 1576

—¿Cree vuestra merced que se salvará?

El mayordomo no respondió. Miraba las escaleras con aprensión y a cada instante veía a dom Isaac bajar por ellas para hacerle saber la fatal noticia. ¿Fatal noticia?, ¿para quién? Para él desde luego, pero seguramente para nadie más. Sentado con la espalda muy tiesa en el gran vestíbulo de entrada, con la mirada perdida en aquellos escalones tan nobles y tan viejos, se preguntaba como una letanía:

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Había sido una niña bonita, preciosa, tan ingenua y pícara al mismo tiempo que encandilaba a todos. Tenía los ojos azules, pero no con ese azul pálido y espectral, tan frecuente en Sajonia, sino intensamente azules. Algunos días de manera inexplicable parecían oscuros, y él recordaba, sin haberlo visto nunca, el vinoso Ponto de los poemas homéricos que habían constituido el alimento favorito de su fantasía juvenil. Y sí, era verdad, la habían malcriado un

poco. Sin embargo, ¿no era eso perfectamente comprensible y hasta disculpable? No había niños en aquel castillo. Al único hermano de doña Ana se lo llevo Dios cuando apenas había aprendido a sonreír. Un castillo tan grande y tan hermoso... pero sin niños. Un preludio de desdichas, un aviso más del destino o de Dios.

Un leve movimiento agitó la blanca cabeza de Gabriël de Boor, lo suficiente para que la cocinera creyese que iba a responder a su pregunta. Para animarlo a ello le buscó la mirada, pero no la encontró. A veces, cuando la desesperación lo obligaba a rezar, Monsieur De Boor dejaba fluir las palabras como significantes sin significado, flotando en el mudo anhelo de que el Altísimo fuese capaz de unir ambos más allá del atribulado presente. No hay que pensar en Dios en estos tiempos, se decía. Dios se había tornado en discordia y dolor.

Toda fortuna había terminado en desdicha; toda alegría, en dolorosa congoja. Hasta la riqueza y la nobleza habían resultado ser una maldición. Enloquecidos por la ambición, incluso los hombres de sangre más noble se habían vuelto ladrones, cegados por el brillo del oro, olvidados de sus almas y de que un día tendrían que dar cuenta de sus actos. También él había pensado siempre (aunque eso era antes, mucho antes) que quien desprecia la riqueza es... porque no la tiene; porque, en el fondo, si no da la felicidad, permite fabricar sucedáneos que se le parecen mucho o al menos distraen lo suficiente. Pero ya no podía engañarse más. Había comprendido, aunque tarde, la verdad. Los hombres son como las urracas, que se van detrás de todo lo que brilla, y ese señuelo sin duda era un ardid del demonio. Había sido tan rica doña Ana, tan inmensamente rica..., y ello, si bien se mira, fue el origen de su desgracia.

—¿No piensa vuestra merced contestarme hoy?

Sin miramiento alguno, Guillermina Jaansen zarandeó al viejo De Boor, que se levantó indignado del asiento y miró a la cocinera con chispas en los ojos:

—Pero ¿qué confianzas son estas? ¿Cómo te atreves?

Guillermina Jaansen se encogió de hombros con indiferencia. Cuarentona y descarada, se hacía soportable solo por su arte con los pucheros.

—¡A ver! Ni que le hubiese dado a vuestra merced un aire de perlesía. Y yo necesito saber quién come aquí, qué se come aquí o si se come aquí, vaya.

Con gran prosopopeya, la cocinera agarró la punta del delantal y se limpió la comisura de los labios. Después, cruzó los brazos por encima de la abundante pechera y miró desafiante al ayo. El viejo no se inmutó y le ordenó que se marchara a la cocina inmediatamente, sin preguntas ni réplicas. Cuando la vio desaparecer, se dejó caer de nuevo en el sillón de madera tallada. El respaldo representaba la lucha de Hércules con la hidra de Lerna. A doña Ana le encantaba aquel mueble y se lo había hecho llevar en todas sus mudanzas. Había sido un regalo de bodas del landgrave de Hesse, y a él siempre le había parecido horroroso y de mal agüero. Finalmente, sus irracionales temores se habían ido confirmando. El regalo venido de Hesse era un aviso del destino. También allí había habido una esposa obligada a soportar lo que ninguna mujer cristiana había tenido que soportar desde que Jesucristo vino al mundo, precisamente la abuela de doña Ana, doña Cristina de Sajonia. Era como si una maldición persiguiera a aquellas damas atrapadas en la ambición de los hombres de su familia.

El viejo mayordomo cerró los ojos y recordó escenas vergonzosas e inolvidables que tantas lenguas habían comentado y descrito en voz baja y temerosa. El hermoso salón de ceremonias del castillo de Rotemburgo de Fulda, discretamente engalanado. Los asistentes vestidos con elegan-

cia, pero guardando la necesaria sobriedad en un acto sin precedentes ni protocolo establecido. Unos y otros charlan entre sí de mil trivialidades y nadie osa pronunciar una palabra que delate lo anómalo, lo inverosímil de la situación. Esta es una boda como cualquier otra, y nadie va a atreverse a decir lo contrario. Afortunadamente los oficiantes son Martín Bucero y Felipe Melanchthon. El supremo reformador ha declinado asistir y ha enviado a sus monaguillos. ¿No ha brindado ya su dispensa teológica? ¿Para qué entonces reclamar su presencia? Él ha dado su aprobación al matrimonio y no hay que dar más vueltas. Su persona es innecesaria. Mejor era evitar escenas como la sucedida una semana antes en aquel mismo salón, justamente el día en que Lutero había comunicado a su alteza Felipe de Hesse que «no hallaba nada ni en el Viejo ni en el Nuevo Testamento» que se opusiera a su segunda boda, sin haber enviudado. Convencido de que lograría su propósito, Felipe de Hesse había hecho llamar a algunos de los nobles más destacados para mostrar en aquella decisión la manifestación de su poder. Había recibido a todos con gran cordialidad y extremadas muestras de regocijo y hospitalidad, pero nadie pudo evitar que al aparecer Lutero en el salón se produjera un incómodo silencio. Lutero avanzó unos pasos y se detuvo. Luego continuó caminando con la vista al frente y decidido a no hablar con nadie. Por unos instantes lo único que se oyó fue el ruido de sus ropas talaes al rozar contra el suelo. Estaban bien almidonadas, y esto producía una fricción muy ruidosa. Nadie dejó de notar dicha circunstancia, y los bellos adornos de piel que lucía en los puños y el cuello. Cuando trata con los señores de la tierra, el exagustino no considera de buen tono hacer alarde de humildad. A fin de cuentas, es él quien va a decidir sobre el matrimonio de Hesse y, por lo tanto, sobre el porvenir y el patrimonio de la casa de Hesse. El negro riguroso, sin embargo, no consigue

disimular el exceso de carnes que la holgada hopalanda cubre con más voluntad que elegancia. Finalmente se detiene y saluda ceremoniosamente a los presentes y, con mirada desafiante, escruta los rostros, las expresiones, buscando un destello, una mínima señal de desaprobación para acabar con ella antes de que se manifieste. Tiene poder para imponer su voluntad, porque su voluntad es la de los príncipes alemanes, y la voluntad de los príncipes alemanes es la suya. En aquel tenso silencio, todos temen algún comentario desafortunado de Guillermo de Marburgo-Waldeck, ferviente partidario de Lutero y del príncipe Juan de Sajonia a quien la vejez le había soltado la lengua y andaba diciendo últimamente a quien se le ponía por delante lo que no se podía decir ni en público ni en privado. Y, efectivamente, con la temeridad de un adolescente, nada más saludar con grandes muestras de afecto y enérgicas palmadas en el hombro a Lutero, le espeta:

—¿Y yo?, ¿cuándo puedo yo empezar a formar mi propio harén? Ah, no se deje engañar por mis años, mi buen amigo, porque estoy todavía en muy buenas condiciones.

Y, como para demostrarlo, soltó una rotunda carcajada que nadie se atrevió a secundar. La mirada que el exagustino le dedicó hubiera resquebrajado un bloque de granito:

—Procure su excelencia moderar sus ímpetus, porque conviene a los cristianos hacer gala de templanza.

El viejo arrugó el bigote con extrañeza, como un gatito al que le quitan la sardina:

—Eso será a los papistas. ¡Acabáramos! O se puede o no se puede. Aclárenos su merced de una vez qué nos está permitido y qué no nos está permitido a los hijos de Dios en estos tiempos. No se puede conducir a los rebaños, por dóciles que sean, diciendo un día esto y al siguiente lo contrario. En este particular de las esposas, la Ramera de Babilonia siempre ha tenido...

En aquel momento, Juan Federico de Sajonia intervino con todo el peso de su autoridad y de su voluminosa humanidad para zanjar una discusión que amenazaba con desembocar en un desagradable debate a todas luces inadecuado y poco conveniente para el futuro de la Reforma y sus principios, por más que se tratara de aquella boda nunca antes vista en las tierras cristianas ni de Oriente ni de Occidente. Con un gesto vigoroso ordenó a su sobrino Augusto que apartara al viejo con mano firme agarró del brazo a Martín Lutero, que había enrojecido notablemente y parecía a punto de estallar en uno de aquellos paroxismos de ira que eran famosos en él y justamente temidos.

Así que el gran Lutero, el sobrecogedor Lutero, no había querido officiar la boda del landgrave Felipe de Hesse y su segunda esposa, Margarita von der Saale. Esto había dado lugar a toda clase de rumores y le había restado lucimiento al acto, pero no legalidad y legitimidad, según el nuevo orden, y eso era lo que el landgrave Felipe quería a todo trance, porque la nueva ley divina y humana tenía que ser tan divina y tan legítima como la otra, y los actos que ella acogiera estaban bendecidos por Dios también. Nadie podía dudar de eso y nadie dudaría. Todo lo que apartara al príncipe de la Ramera de Babilonia y del viejo orden era bueno y lo acercaba a Dios de manera indiscutible, incluso una segunda esposa. Cada acto que alejara del demonio papista, sus costumbres y sus ritos, era grato a los ojos de Dios, que son los de Martín Lutero en esta tierra. ¿No hemos destruido sus iglesias, confiscado sus propiedades y fundido sus crucifijos para hacer moneda? Eso no era robar, decía Lutero, sino recuperar lo que la Ramera de Babilonia le había robado a Alemania. Si era lícito a los príncipes ser cabeza de su propia Iglesia, también lo era tener varias esposas, como el patriarca Abraham. Lo había dicho Martín Lutero y, si él se equivocaba, sería él quien tendría que dar cuentas a Dios por sus extravíos.